

la forma tiene desde el primer momento un matiz, figural, plástico, que acaso ya no ha perdido nunca. *García Morente* recuerda que *Platón* había puesto en la puerta de la «Academia» una leyenda que rezaba: «Nadie entre aquí si no es geómetra». Así, cuando *Aristóteles* afirma que la forma es aquello que hace que la cosa sea lo que es, lo que reúne y da unidad y sentido a los elementos materiales, desde ese momento y para siempre, aunque él aluda más a la perfección intrínseca de la cosa formada, de un modo metafórico—metáforas sin las cuales apenas es posible pensar y entender las intuiciones filosóficas—en la forma entrevemos algo así como un elemento plástico del ente. Al discurrir sobre este punto, *Sánchez de Muniain* piensa también que la filosofía griega llegó al concepto de la forma partiendo de la idea vulgar de figura exterior. En *Platón* la forma sería lo que habla a nuestra inteligencia como huella de una idea o pensamiento formador—el sello en la cera es su metáfora—sin lo cual la cosa carecería de sentido y sería para nosotros mera materia despreciable, objeto de nuestros apetitos inferiores. La forma es el objeto de nuestro entendimiento; la materia el de nuestra concupiscencia.

La forma es pues, en todas las esferas del ente el componente ordenador, aportador del sentido, el que aprehende la razón para aislar la cosa del caos del mundo externo.

Tan intelectual es, que más tarde *Kant* en su idealismo, afirmará que es justamente nuestra razón la que merced a las categorías que le son peculiares creará, por así decir, las formas en el desordenado mundo de las cosas en sí. Y no es tampoco casual que *Kant* partiera para su razonamiento sobre las intuiciones a priori de la aritmética y la geometría.

Si recurrimos al firme asidero de la experimentación psicológica encontramos amplias comprobaciones a esta intuición filosófica. De nuevo es aquí concluyente el psicodiagnósti-

